

»los animamos á que así nos hieran.  
 »Sufrió Marte agudísimos dolores  
 »cuando los hijos fuertes de Aloeo,  
 »Oto y Efiáltes, con cadena dura  
 »le sujetaron, y en oscura cárcel  
 »de bronce fabricada trece meses  
 »aprisionado estuvo. Y pereciera  
 »allí, ignorado, de la guerra el Númen,  
 »sí de los dos gigantes la madrastra,  
 »la gentil Eribea, su peligro  
 »no dijera á Mercurio, que mañoso  
 »sacó de la prision sin que lo viesen  
 »al afligido Marte, cuya fuerza  
 »la cadena pesada enflaquecía.  
 »Juno afligida fué cuando el tenido  
 »por hijo de Anfitrion, con la saeta  
 »de tres agudas puntas, en un pecho  
 »la hirió, y, al golpe, recibió la Diosa  
 »insufrible dolor. El espantable  
 »Pluton sufrió también amarga cuita  
 »cuando aquel Semidios, hijo de Jove,  
 »otra saeta habiéndole tirado,  
 »le hirió á la entrada del averno oscuro  
 »y le dejó entregado á los dolores.  
 »Subió Pluton al anchuroso cielo,  
 »á la mansion de Jove, de tristeza  
 »opreso el corazón y atormentado  
 »por acerbos dolores, y clavada  
 »en el hombro la flecha; pero pronto,  
 »suaves medicinas aplicando,  
 »Peon curó su herida; que él naciera  
 »para nunca morir. Tal la osadía  
 »de Hércules fué. ¡Atrevido! ¡Temerario!  
 »que en impío furor no recelaba  
 »sus flechas disparar contra los Dioses  
 »que habitan el Olimpo! Así Minerva  
 »contra tí ha suscitado rencorosa  
 »este día al valiente Diomédes.  
 »¡Necio! no sabe que de larga vida  
 »no será aquel mortal que pelear  
 »con los eternos Dioses; ni sus hijos,  
 »cercando sus rodillas cuando vuelva  
 »de pelear cansado en las batallas,  
 »el dulce nombre le darán de padre.  
 »Que tiemble, pues, el hijo de Tideo,  
 »por ardido que sea, que algun otro  
 »más guerrero que tú con él combata;  
 »y que la hija de Adrasto, la orgullosa  
 »Egialea, que ahora se gloria  
 »de tener por esposo al más valiente

»de los Aquivos, del dorado lecho  
 »salte agitada y en dolientes voces  
 »despierte á sus doncellas, y afligida  
 »la muerte lllore del esposo amado.»

Así dijo Dione, y con sus dedos  
 enjugó el icor que en raudal copioso  
 vertía de su mano Citerea,  
 y se cerró la herida, y los acerbos  
 dolores de la Diosa se aplacaron.

Mirando Juno y Pálas á Ciprina,  
 y con amargas voces al Saturnio  
 Jove queriendo zaherir, fué Pálas  
 la que primero maliciosa dijo:

«¿Te ofenderás acaso, oh padre Jove,  
 »de lo que yo dijere? Deseando  
 »á una matrona griega, no hace mucho,  
 »Ciprina persuadir á que su casa  
 »abandonase por algun Troyano,  
 »nación que tanto favorece ahora,  
 »en medio los halagos, con la punta  
 »del broche con que el manto rozagante  
 »suelen llevar prendido las Aquivas,  
 »se rasguñó la mano delicada.»

Dijo Minerva, y sonrióse Jove;  
 y á la madre de amor á sí llamando,  
 en paternal ternura la decía:

«¡No á tí fué dado en las sangrientas lides  
 »presidir, hija mia! Entiende sólo  
 »en los dulces cuidados de himeneo,  
 »y deja los combates y batallas  
 »al furibundo Marte y á Minerva.»

Así hablaban los Dioses; y entretanto  
 á Enéas con su lanza Diomédes  
 acometió furioso, aunque veía  
 que el mismo Febo su potente diestra  
 extendía sobre él; que envanecido  
 á tan alta deidad no respetaba,  
 ni otra gloria mayor apetecía  
 que matar al Troyano y despojarle  
 de su rica armadura. Hasta tres veces  
 arremetió animoso, y otras tantas,  
 el égida agitando relumbrante,  
 Apolo le contuvo. Pero al verle  
 por cuarta vez acometer osado,  
 cual si un Dios fuera, en iracundas voces  
 así le reprendió su demasia:

«¡No á tanto aspiras, hijo de Tideo!  
 »Retírate, y no quieras con los Dioses  
 »igualarte; que en nada parecidos  
 »á la raza inmortal de las deidades

»son los humanos que la tierra pisan.»

Así habló la deidad, y Diomédes  
 poco retrocedió con lento paso,  
 la vengativa cólera temiendo  
 del Flechador Apolo. Y del tumulto  
 á Enéas, sacó el Dios, y á la alta cerca  
 del templo le llevó que los Troyanos  
 á su deidad edificado habían  
 en la enhiesta colina donde estaban  
 de Pérgamo la torre y ciudadela.  
 Y en la vasta mansion á sus ministros  
 reservada dejándole, Latona  
 y Diana le curaron las heridas,  
 y el antiguo vigor restituyeron.  
 Formó despues Apolo un simulacro,  
 á Enéas en la altura parecido  
 y en las armas; y en torno de la niebla  
 los Troyanos y Aquivos peleando,  
 en los fuertes escudos circulares  
 y ligeros broqueles rudos golpes  
 mutuamente se daban, mientras Febo  
 así decía al furibundo Marte:

«¡Marte, Marte, enemigo de los hombres,  
 »teñido en sangre, arruinador de muros!  
 »Si quisieras, entrando en la batalla,  
 »del combate alejar á ese guerrero,  
 »á Diomédes, que orgulloso ahora  
 »se atrevería con el padre Jove  
 »á combatir... Á Vénus la primera  
 »hirió en la mano, y arrogante luego  
 »arremetió conmigo cual si fuese  
 »él un Dios.» Así dijo, y asentóse  
 en la torre de Pérgamo elevada.  
 Y el homicida Marte, recorriendo  
 de Troya las legiones, al combate  
 las animaba él mismo; y la figura  
 tomando de Acamante, de los Tracios  
 poderoso adalid, así á los hijos  
 de Príamo aguijaba á la pelea:

«¿Hasta cuándo vosotros, que engendrados  
 »por Príamo habeis sido, á los Aqueos  
 »dejareis que destruyan las escuadras?  
 »¿Acaso hasta que lleguen peleando  
 »á las herradas puertas y los muros?  
 »Yace en tierra un caudillo, á quien nosotros  
 »honrábamos á par del formidable  
 »Héctor, Enéas, hijo esclarecido  
 »del magnánimo Anquises. Acudamos,  
 »y á nuestro valeroso compañero  
 »saquemos de entre el ruido de las armas.»

Así decía, y de los Teucros todos  
 mucho aumentó el valor; y al mismo tiempo  
 de Héctor, con estas ásperas razones,  
 la cobardía Sarpedon culpaba:

«¿Qué es, Héctor, del valor que antes tu-  
 »Otro tiempo decias que tú solo [viste?  
 »junto con tus hermanos y tus deudos,  
 »sin las huestes troyanas y auxiliares,  
 »defenderías la ciudad, y ahora  
 »ninguno de ellos en la lid se muestra  
 »y animoso combate. Acobardados  
 »están como los perros ladrones  
 »en torno del león; miéntras nosotros,  
 »siendo sólo auxiliares, combatimos.  
 »Cuando yo, que, por ser vuestro aliado,  
 »de tierras he venido tan remotas  
 »como son las llanuras de la Licia,  
 »sobre el rápido Janto situadas,  
 »mi esposa abandonando y tierno infante  
 »y mis muchas riquezas, que cualquiera  
 »que de ellas careciese envidiaría,  
 »ánimo á mis soldados y estoy pronto  
 »á combatir con el mejor guerrero,  
 »no teniendo aquí en Troya posesiones  
 »que el duro hierro tale, ni familia  
 »que se lleven esclava los Aquivos,  
 »¿estás tú tan ocioso, y ni siquiera  
 »á los otros animas á que firmes  
 »sus esposas defiendan y sus lares?  
 »Guarte no sea que en la red cogidos  
 »como el incauto pez, seais despojo  
 »del enemigo y presa, y que los Griegos  
 »vuestra ciudad arruinen populosa.  
 »¡Héctor! ahora meditar tú debes  
 »noche y día el peligro que os rodea,  
 »suplicar á los jefes de las tropas  
 »auxiliares que todos animosos  
 »resistan sin cesar al enemigo,  
 »y evitar que os motejen de cobardes.»

Así Sarpedon dijo, y sus palabras  
 de Héctor el corazón entristecieron;  
 y veloz, sin quitarse la armadura,  
 desde el carro saltó sobre la arena.  
 Y blandiendo la pica, sus legiones  
 recorrió á que valientes pelearan  
 animando á las tropas; y el combate  
 con más ardor se comenzó de nuevo.  
 Volvieron los Troyanos de la fuga,  
 é hicieron todos frente al enemigo;  
 y apiñados los Griegos, sostenían

el rudo choque sin volver la espalda.

Como lleva consigo el raudo viento de leve tamo polvorosa nube, cuando limpian las parvas anchurosas los labradores, y la rubia Céres separa de los céfiros al soplo el grano de la paja, y blanquecinos se tornan por encima los montones de la paja que en tierra va cayendo; así de los Aquivos los brillantes almetes con el polvo blanqueaban que entre sus filas hasta el alto cielo los piés de los bridones levantaron cuando hacía la pelea los aurigas los carros dirigieron. Animosas á la liza marcharon las escuadras, y de niebla oscurísima cubria el campo Marte, socorrer queriendo á los Troyanos, y sus filas todas recorría furioso; ni olvidaba lo que le dijo el Flechador Apolo cuando vió que salía del combate Minerva, protectora de los Griegos. Y el Flechador, al adalid Enéas sacando de su templo suntuoso, le envió á pelear, y con sus voces ánimo le infundió dentro del pecho. Presentóse en la lid, y se alegraron sus compañeros todos cuando vivo venir le vieron sin lesion alguna y con todas sus fuerzas. No le hacian preguntas, ni el combate les dejaba que allí encendieran el archero Apolo, y el homicida Marte, y la Discordia siempre agitada de furor insano.

De su lado tambien los dos Ayaces, y Ulises, y Diómédes aguijaban con su voz á los Griegos, que valientes ni las fuerzas temian ni el inmenso gritar de los Troyanos, y briosos los esperaban. Cual inmobiles quedan las nubes que en las cimas de los montes Jove reune, en los serenos dias en que duermen el Bóreas iracundo y demas huracanes bramadores que las oscuras nubes, cuando soplan, disipan con su aliento sonoro; así los Griegos firmes esperaban á los Troyanos, sin huir cobardes; y el Atrida, la hueste recorriendo,

así los animaba á la pelea:

«¡Mostrad aquí vuestro valor, amigos! y el desprecio temed con que el valiente, cuando ya se ha trabado la batalla, á los cobardes mira. En las legiones en que los unos el desprecio temen de los otros, son más los que se salvan que los que mueren. Si cobardes huyen, ni gloria alcanzan, ni ayudarse pueden los unos á los otros.» Así dijo; y la pica arrojando impetuoso, á uno de los primeros adalides del magnánimo Enéas compañero, á Deiconte, de Pérgaso nacido, quitó la vida. Honraban los Troyanos á este guerrero, cual si prole fuera de Príamo, porque él en las batallas era el primero á pelear valiente con los más aguerridos campeones; mas este dia Agamenon de Atreo con su lanza le hirió, y el fuerte escudo no bastó á detenerla, y la ancha punta le atravesó, y el cinturón pasando y la coraza en lo interior del vientre penetró del Troyano, que en el polvo cayó, y al golpe retemblo la tierra en derredor, y temeroso ruido sobre él hicieron al caer las armas.

Mató Enéas despues á dos Aqueos, Orsíloco y Creton, ambos nacidos de Diocles, que en Féres habitaba, populosa ciudad, y poderoso era en riquezas y en linaje claro; pues la sacra Deidad del río Alfeo, el que de Pílos anchuroso riega las campiñas, á Orsíloco por hijo tuvo, adalid de escuadra numerosa y padre del magnánimo Diócles; y á éste de un mismo parto le nacieran Orsíloco y Creton, y con el tiempo á ser llegaron diestros campeones en toda clase de armas y peleas. Y ya mancebos, en las hondas naves vinieran á Ilion con los Aquivos á vengar el honor de los Atridas, y en derredor la inexorable muerte los cubrió ahora con su negro manto. Como dos leoncillos que á los pechos de su madre en las cumbres se criaron de un monte, entre escondidos matorrales

de opaca selva, y cuando ya crecieron, matan los bueyes, las ovejas roban, y despueblan las rústicas majadas, hasta que heridos caen por el hierro de los pastores; tales, por la mano Orsíloco y Creton del fuerte Enéas derribados, cayeron en el polvo, á altísimos abetos semejantes.

Los vió caer en tierra Menelao, y condolido de su triste suerte, atravesó por la primer escuadra, de luciente armadura revestido y su lanza blandiendo, porque Marte le infundia valor, y deseaba que por su mano le matase Enéas.

Cuando Antíloco vió que Menelao se arrojaba á la lid impetuoso, la hueste atravesó, porque temia que tan alto caudillo pereciese, é inútiles quedarán los trabajos que por vengarle tolerado habían; y miéntras el Troyano y el Aquivo, lanza en mano, marchaban á encontrarse, de combatir ganosos, del Atrida se puso al lado. Viéndolos Enéas, por mas que fuese intrépido y valiente, no osó esperarlos; y ellos á su escuadra los sangrientos cadáveres pudieron retirar. Y en las manos de los suyos dejándolos, volvieron al combate y al frente de su gente peleaban; y uno quitó á Pilémenes la vida, caudillo de los fuertes Paflagones, en el valor á Marte parecido, y el otro á su escudero. Menelao al valiente Pilémenes, que estaba de pié en el carro, con el asta aguda hirió en el cuello; y Antíloco al auriga, Midon llamado é hijo valeroso de Atimnio, cuando estaba los bridones volviendo para huir, con un peñasco hirió en medio del codo, y las ebúrneas bridas desde la mano sobre el polvo se le cayeron; y en veloz corrida Antíloco fué á él, y por las sienes la espada le pasó. Cayó del carro de cabeza Midon, y largo tiempo, en el hondo arenal en que cayera la cabeza metida hasta los hombros, colgado estuvo hasta que en fin al suelo

los caballos con botes y pisadas le derribaron y quedó tendido en la arena, y Antíloco, tomando el látigo, con él hacía la escuadra de los Aqueos caminar los hizo.

Cuando Héctor vió en el polvo derribados á los dos campeones, animoso arremetió gritando, y las más fuertes escuadras de Troyanos le siguieron por el sangriento Marte conducidas y la feroz Belona. Esta el horrible grito llevaba de la guerra: y Marte, en la diestra blandiendo enorme pica, en pos de Héctor á veces caminaba, y otras le precedía. Estremecióse al verle el valeroso Diómédes; y cual viajero que la vez primera, despues de atravesar vastas regiones, se encuentra con un río caudaloso que se lanza en la mar, y el ronco ruido oyendo de las aguas espumosas, se pára y retrocede acobardado; así entonces el hijo de Tideo retrocedió, gritando á sus falanges:

«No sin razon, amigos, al terrible Héctor por esforzado combatiente é impávido adalid hemos tenido; que siempre alguno asiste de los Dioses á su lado, y le libra de la muerte; y este dia ya veis cual le acompaña, á un guerrero mortal asemejado, el Dios Marte. Ceded, pero volviendo el rostro siempre al escuadron de Troya, y no queráis en desigual batalla pelear con los Dioses.» Así dijo, cuando ya se acercaban los Troyanos.

Héctor quitó la vida á dos guerreros en armas poderosos, que en brillante carro subidos hacía él venian, y Anquíalo y Menéstes se llamaban. Se entristeció, cuando los vió caidos, Ajax de Telamon; y acometiendo por aquel lado, la fulgente lanza tiró y con ella al hijo de Selago, Anfio, mató. Vivía este caudillo en Peso, y en riquezas abundaba y grandes posesiones; pero el hado por auxiliar de Príamo y sus hijos á Troya le trajera, y este dia Ajax de Telamon por medio el vientre,